

Julio Antonio Mella y los fundamentos del marxismo en Cuba

Felipe Pérez Cruz

Investigador del Centro de Estudios de América.

Tomado de **Contracorriente**, La Habana, enero- marzo, 1997, Año 3, no. 7, Págs. 27-55

Julio Antonio Mella (25 de marzo de 1903 -10 de enero de 1929) asume el marxismo como coronación feliz de una búsqueda consecuyente y temprana de respuestas para la acción.

Las ideas teóricas sobre el socialismo le llegaron a Mella por la vía de una “gran herejía”; cuando Vladimir Ilich Lenin rompiendo esquemas y pronósticos, lanzó a los bolcheviques al combate, triunfó y consolidó la Gran Revolución Socialista de Octubre, abrió para su pueblo y para los pueblos del mundo una nueva época y demostró, en primer lugar, la validez de la afirmación de Federico Engels en carta a Werner Sombarts: Toda la concepción de Marx no es una doctrina, sino un método, no ofrece dogmas hechos, sino puntos de partida para ulterior investigación y el método para dicha investigación”. Por ello desde fecha temprana - finales de 1924-, se percata de la importancia del leninismo y lo une insoslayablemente a la obra de los dos fundadores del marxismo. Habla de los principios científicos que Karl Marx hizo axiomas teóricos y que Lenin hizo monumentos magníficos de belleza y de justicia”. Lenin reafirmaría en 1928, es “el más exacto y práctico de los interpretes de Carlos Marx.

Su entronque con el marxismo leninismo llega después de un profundo estudio de la historia de la Patria, de la historia latinoamericana y universal. Después durante su constante descubrimiento de José Martí, de su estudio de lo más avanzado y representativo del pensamiento revolucionario cubano y latinoamericano. De su encuentro con la más raigal de las revoluciones latinoamericanas de su tiempo, la Revolución Mexicana.

Toda esta preparación ayudó a la toma de partido de Julio Antonio Mella por la causa del marxismo, creó las sólidas bases de su sorprendente madurez teórica, pero fue su protagonismo histórico el que lo convirtió en el ideólogo más conspicuo en el área del Caribe y la figura más descollante en toda la América de la ideología antiimperialista que tomaba el análisis científico de Marx y de Lenin como punto de partida para su acción (4). Fue vivir en el vórtice del movimiento revolucionario lo que le proporcionó la posibilidad de desarrollar su pensamiento, entender y valorar en toda su magnitud el marxismo leninismo como ciencia y método revolucionario.

El recorrido político ideológico de Julio Antonio Mella desde las posiciones del romanticismo antiimperialista hasta las de serio y persistente luchador comunista, su paso por el liderazgo del movimiento estudiantil, la reforma universitaria, el aula de la Universidad Popular “José Martí”, el sindicato, la huelga, las fábricas y minas, la tribuna internacional, el periodismo revolucionario y la conspiración y organización de la guerra necesaria; está muy lejos del hecho casual, de la espontaneidad. Por el contrario es el fruto de la militancia consciente en el Partido Comunista, de su vinculación estrecha con las masas, con la clase obrera. Será la resultante de una singular personalidad que crece y se proyecta con la tenacidad, la abnegación, la ampliación y la profundización continuada de la acción consciente y organizada de la vanguardia en que milita y de las masas con las que se funde.

“Vivimos una hora interesantísima en la historia de la humanidad -, nuevos Martí, nuevos Bolívar que realicen nuevos ideales ya pensados y resueltos en las conciencias humanas por los precursores de la nueva era.

Mella como discípulo de Martí sitúa el problema desde su más universal dimensión hasta lo particular latinoamericano. Comprende con sólo veintiún años el extraordinario paso dado por el hombre en el camino de su liberación con el triunfo de la Gran Revolución de Octubre, pero afirma: “No pretendemos implantar en nuestro medio copias serviles de revoluciones hechas por otros hombres en otros climas”. Es la idea martiana del rechazo a los dogmas surgidos de las experiencias europeas. El “error de ajustar -la necesidad- a moldes extranjeros de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen,... “a que se refieren Martí y Máximo Gómez en el Manifiesto de Montecristi.

No ha finalizado el año 1924 y precisa en “Los nuevos libertadores”: “La causa del socialismo en general, es la causa del momento, en Cuba, en Rusia, en la India, en los Estados Unidos y en la China. En todas partes. El solo obstáculo es saberlo adaptar a la realidad del medio” (8); con lo que situaba en el camino de vencer las estrecheces sectarias, concepciones doctrinales y fraseologías que, gravitaron negativamente sobre el movimiento comunista latinoamericano e internacional.

Julio Antonio Mella con sólo 21 años llega de manera inequívoca al problema central que estaría en el centro de los debates, de las victorias y derrotas del movimiento revolucionario de América Latina y el mundo, hasta hoy. Esta diáfana comprensión del problema central del marxismo y el leninismo lo reafirman en sus criterios iniciales: “lo principal son hombres, es decir, seres que actúan con su propio pensamiento y en virtud de su propio raciocinio, no por el raciocinio del pensamiento ajeno.

La militancia en el Partido de los comunistas lo vincula más aún con el trabajo político diario, en el seno de la clase obrera y del pueblo. Aquí aprende que “donde cambia el aspecto de la cuestión es cuando hay que practicar las frases. Entonces se da uno cuenta del gran abismo que va de la realidad a la teoría. Se impondrá -afirma convencido- unir exclusivamente la verdad que de acuerdo con la mentalidad de los ilusos o la de los parásitos, sino la verdad que este de acuerdo con la realidad del momento y del interés de la clase proletaria”.

Entronca Julio Antonio Mella con la Internacional Comunista por la vía de su más acertada creación en nuestras tierras: La Liga Antiimperialista de las Américas.

Mella como Lenin, supo diferenciar las disidencias y fricciones del imprescindible clima de intercambio donde las ideas maduran en el debate de las distintas corrientes de opinión. Se opuso a toda falsa unanimidad. Junto a la defensa de la “necesidad de una dirección, de una disciplina...”, Mella postula también la necesidad “de un estudio, de un perfeccionamiento diario en la acción y la teoría, para servir mejor la causa”.

Mella emplea en toda su magnitud el método leninista: “He aprendido a decir estudiando la realidad”. “Reconocer un error y enmendarse es ser infalible”. “Tal es mi opinión honrada de luchador. Creo estar en lo cierto, pero si no lo estoy, dispuesto a cambiarla me encuentro”.

Precisamente el leninismo llevaría a Mella a vislumbrar las limitaciones de la estrategia y la táctica de la Internacional Comunista en el ámbito latinoamericano; matizadas en conjunto, por una apreciación esquemática del proceso histórico y del movimiento revolucionario del área, y ya -1928- contaminada por una mal aplicada intención de coordinación, por los métodos de autoritarismo y sujeción de todo el movimiento comunista internacional a los intereses de la política exterior soviética y a las decisiones - convertidas automáticamente en orientaciones axiomáticas- de la dirección partidista de ese país.

Anuncia en el segundo número de la revista Juventud (noviembre- El artículo “Hacia la Internacional americana” escrito en diciembre de 1925, desde la cárcel de la Habana, es un texto anunciador de esa claridad. “La Europa y el Asia están lejos. Ambas tienen en estos momentos grandes problemas que resolver, por lo tanto es imprescindible concretar una fórmula precisa para nuestra zona.

Lenin aportaría en esta tarea la teoría sobre el imperialismo “de aplicación universal”. Sus Tesis sobre la cuestión nacional y colonial aprobada en el II Congreso de la Internacional Comunista. La práctica de la Internacional dotaría estas esencias con la realización política del Frente Único y su expresión más acabada para la fecha, la liga Antiimperialista de las Américas.

De estos pilares se velará para realizar un serio intento de encontrar las vías propias para la revolución en América Latina a partir de sus condiciones específicas, sin dejar de considerar las experiencias de las luchas de liberación nacional en Asia y el aporte de las revoluciones europeas: “Los pueblos coloniales también presentan rasgos semejantes en Asia y en América... luego la aplicación de táctica ha de diferir en los detalles y en la oportunidad histórica. Pero las generalidades (papel de las clases, base del Frente único, desarrollo del imperialismo y el proletariado, etc.) son invariables a la luz del marxismo y de su adaptación a la época moderna del imperialismo: el leninismo”.

El reconocimiento de lo universal en Mella es ajeno a toda tendencia mimética: “copiar servilmente a Europa a los Estados Unidos es algo común en las burguesías dirigentes en América... Son de la misma madera los capitalistas españoles, italianos o ingleses, que los argentinos, chilenos, venezolanos o cubanos... Nadie encontrará extraño que los revolucionarios y proletarios de América sean también de la misma madera que los europeos. He aquí la razón por la cual los actos de los revolucionarios y proletarios europeos pueden ser fuentes de inspiración para los de América Latina. Estos últimos, elementos progresistas, no tratan de copiar servilmente como los Mussolini tropicales o los Coolidges selváticos, las actitudes enérgicas y salvadoras. Una inteligente adaptación se verifica siempre...”.

Esa inteligente adaptación del marxismo sería una constante en su miraje político:” Aceptamos las experiencias de Europa en sus luchas y lancémonos a conquistarlas de acuerdo con ellos y adaptando sus procedimientos revolucionarios a nuestros ideales”. “No debe creerse en una explicación mecánica de las experiencias de otros lugares”. “Necesitamos experimentar para no ser engañados y probar los postulados en la realidad”.

Desde esta clara concepción se entiende mas aún la crítica de Mella a los apristas y a su pretendido marxismo y revolucionarismo indoamericano, pues “no es una defensa del dogma porque sus consignas sean antimarxistas, anticomunistas, antileninistas, si no porque están contra la realidad americana, son impracticables y reaccionarias, utópicas.... Frente al proyecto aprista levanta la experiencia concreta de los guerrilleros nicaragüenses: “Sandino ha enseñado mucho a los timoratos”.

Sandino no era un comunista, pero su proyecto antiimperialista y la resistencia al invasor norteamericano constituían una respuesta ideológica y política al imperialismo. Esta realidad la entendió mejor que nadie Julio Antonio Mella. Lenin le había enseñado el deber de “apoyar de la manera más decidida a los elementos más revolucionarios de los movimientos democráticos burgueses de liberación nacional...ayudar a su rebelión y si se da el caso, también a su guerra revolucionaria contra las potencias imperialistas que los oprimen”

Como subrayara Lenin en su enfoque de los combates de los pueblos del Oriente, en la lucha armada “a la par que se desarrolla el entusiasmo revolucionario, se fortalece la situación interna del país”... y en esa batalla común se va fijando la unidad capaz de diciembre de 1923)-, hay una completa renovación de valores... la historia espera nuevos Mirabeau, nuevos Dantón realizar milagros. Julio Antonio Mella asiste a la manifestación de este fenómeno en Nicaragua y de ahí sacó conclusiones definitivas. No había necesidad de “trasladarse” a “las costas del Mar Negro o de la Siberia”. Nuestras propias fuerzas debían ponerse en juego en el sentido y el riesgo de la Revolución.

Como Lenin, Julio Antonio alcanzó la claridad de percibir que la revolución mundial no vendría o se demoraría, (45), que incluso Cuba era una isla y el apoyo logístico que llegaba a Nicaragua “continental” sería mucho más difícil de concretar. Basaba su opción en la presencia del “factor de lucha”: el desarrollo de la producción y la existencia de un proletariado capaz de actuar. “Aquí está la clave de la lucha -definía-: valoración del papel del proletariado”.

La negativa de Julio Antonio a las tendencias miméticas, su búsqueda en las raíces del pensamiento revolucionario y el estudio de la problemática cubana, le abrieron el diapasón al análisis de las particularidades y especificidades del proceso histórico cubano y latinoamericano. Es entonces que su fértil inteligencia llega a una conclusión definitiva: el socialismo sólo sería posible y realizable desde lo hondo de las necesidades, la historia, los sentimientos, el espíritu, la manera de ser de cada nación.

La ratificación de la necesidad de aplicar la doctrina comunista a cada uno de los fenómenos sociales de América le lleva a replantearse la historia del continente, a comprender desde muy temprano, el proceso que protagonizaba, como una continuación de las gestas independentistas y a asumir por tanto sus consignas en las nuevas condiciones. “Luchar por la realización del viejo ideal de Bolívar adaptado al momento” pedía en agosto de 1924. “Concretar en una fórmula precisa el ideal que, desde Bolívar hasta nuestros días, se ha considerado como el ideal redentor del Continente” reafirmaba un año después. Esta perspectiva lo inmuniza contra las frecuentes intoxicaciones izquierdistas de muchos de sus contemporáneos empeñados en trasplantar a la luchas del área hasta las mismas consignas que habían probado su eficacia en el escenario de la Revolución Bolchevique.

Reconoce que solamente con la instauración de los soviets de campesinos y obreros oprimidos por el imperialismo conquistar su independencia total, pero establece la imprescindible adecuación de su análisis teórico con el necesario discurso político acorde a las circunstancias, la cultura y la historia latinoamericana. El grito de “¡Cuba Libre!” desde la dirección de la ANERC es preciso, “grito de seis generaciones de cubanos”, “condensa el ansia de libertades de un pueblo y se ha transmitido como símbolo Yara, Baraguá, Baire... Mas para que el próximo “grito” no pueda ser traicionado, para que sea uno verdaderamente popular y democrático le añadimos el complemento de “Para los trabajadores”..

“En nuestros países -escribía en mayo de 1928 mientras se iniciaba en Moscú el VI Congreso de la Internacional Comunista-, mas que en los de Europa, las etapas de progreso de las clases y las naciones, están, dado el carácter de las relaciones sociales y la penetración violenta del imperialismo, determinadas por las insurrecciones periódicas que no siempre son simples movimientos de caudillos, puesto que llevan masas. Esto impone a los proletarios el tomar parte en ellas, aunque han de saber que en las etapas posteriores surgirán los Moncadas o los Chang Kai Sek. Esto no importa. México puede servir de ejemplo de lo mucho que se puede obtener por las multitudes” .

La apreciación de Mella, conceptualmente, era a la que en esos mismos momentos aprobaba el Congreso de la Internacional, relativa a la inclusión de América Latina en el sistema colonial imperialista y se oponía a los que sostenían que bajo el imperialismo, la autodeterminación es económicamente irrealizable y la lucha de liberación nacional, desarrollada en unión con actores no proletarios, una “negación de los fundamentos primarios del socialismo”.

Las tesis del VI Congreso de la Internacional, que concluyó en septiembre de 1928, llegan poco después, Rafael Carrillo, a quien había sustituido interinamente al frente del Partido Comunista Mexicano, mientras este participaba en el referido Congreso, le explica con lujo de detalles los debates y la táctica de “clase contra clase”. En los documentos lee que: “La burguesía nacional no tiene la significación de una fuerza que lucha contra el imperialismo” y recibe la orientación de “rechazar cualquier coalición del Partido Comunista con la oposición nacional reformista”. Sin embargo, Julio Antonio Mella trabaja en otra dirección. Considera que la tesis que se avienen a la realidad del movimiento de liberación en Cuba y en Latinoamérica son las que hasta ahora ha defendido la propia Internacional: Frente Único y Liga Antiimperialista.

A pesar de que la consigna de “clase contra clase” se generalizó entre los jóvenes partidos marxistas-leninistas latinoamericanos Julio Antonio no copia mecánicamente la orientación. Valora la situación concreta y no suspende sus contactos con sectores del Partido Único Nacionalista -burgués- para organizar la lucha armada en Cuba. A su vez continua brindando todo su apoyo a Sandino. Muere en ese empeño.

Las tesis de Mella sobre el camino de la Revolución Latinoamericana parten del análisis objetivo de la correlación de fuerzas en la región y en primer lugar de la situación real del imperialismo norteamericano, con ello se aparta de la visión simplista en relación con la evolución del socialismo en que cayeron muchos marxistas de la época. Lejos del discurso triunfalista que proclamaba la crisis y el derrumbe del sistema capitalista, aprecia que “la estructura económica del capitalismo imperialista yanqui no presenta todavía resquebraaduras serias que indiquen su próxima desaparición”. Sí a principios de 1925 ve la Revolución Social como un “hecho fatal e histórico, independiente de la voluntad de los visionarios propagandistas”, en 1926 ya percibe que lo más importante es estar “capacitados para aprovechar el momento histórico” y en 1927 comprende las alternativas que se avecinan y proclama en ruptura con esa visión “fatalista”, “que la liberación nacional y social no se nos concederá por misericordia”.

Desde esa perspectiva Mella proclama la dirección principal: La lucha activa contra el imperialismo de todas las clases y sectores que proclamaran sus intereses por una auténtica independencia nacional. Asume el camino de la guerra revolucionaria al plantearse seguir “los ejemplos de la China, de México y Nicaragua”, pero no por ello rechaza otras vías de la actividad revolucionaria. En medio de una polémica sobre el concepto socialista de la reforma universitaria, expresará: “Cada avance no es una meta, sino un escalón, para seguir ascendiendo, o un arma más que se gana al enemigo para vencerlo en la lucha final... Sabemos que no lo vamos a conseguir inmediatamente, pero en la simple lucha por la obtención de ese ideal vamos a obtener un doble triunfo: agitar conciencias jóvenes ganando reductos en el frente educacional contra los enemigos del pueblo trabajador, y probar, ante todos los revolucionarios sinceros, que la emancipación definitiva de la cultura y de sus instituciones no podrá hacerse sino junto con la emancipación de los esclavos de la producción moderna...”